

Melalcor

FLAVIA COMPANY

PRÓLOGO DE MERI TORRAS



Editorial Comba



Nueve años saltando a las letras hispánicas
2014 - 2023

Colección Narrativa

Melalcor

FLAVIA COMPANY

PRÓLOGO DE MERI TORRAS



Editorial Comba

Imagen de la portada:
Alba Rodríguez Núñez, 2023
@albarodriguezstudio

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Diagramación: Roger Castillejo Olán

© Flavia Company, 2000, 2023

© del prólogo: Meri Torras Francès, 2023

© Editorial Comba, 2023
c/ Muntaner, 178, 5º 2ª bis
08036 Barcelona

ISBN: 978-84-127669-0-5
DL: B-17.223-2023

Índice

Prólogo: El imperativo del deseo en la pregunta del cuerpo	11
1. Se había pasado	21
2. A veces piensa	25
3. Pasará un momento	27
4. Cualquier descripción	31
5. Mel y yo nos	33
6. Muevo. Muevo	37
7. La primera pelea	39
8. Mel no lo sabe	41
9. A Johnny Dos Dados	45
10. Toda la gente	47
11. Una vez salí	49
12. Es evidente que no	53
13. Algún día de	55
14. Te he llamado	57
15. La primera carta	59
16. No un Cantor	61
17. La familia es	63
18. Otra de las razones	67
19. Poco después	69
20. Pero qué significa	71

21. Vio en el espejo	75
22. Si vuelves	77
23. Mel y yo somos	79
24. Por la mañana	81
25. En cuanto se marcha	85
26. Cuando desaparece	89
27. Álex y yo siempre	91
28. Cuando salgo	93
29. Conduce despacio	97
30. Lo sé. Ya lo sé	101
31. Me levanto	103
32. No tenía ni	107
33. La secretaria entra	111
34. A veces pienso	113
35. No he podido	117
36. Qué hacen aquí	119
37. No se lo quería	123
38. He colgado	127
39. Son unas ruedas	129
40. La vida. No es	131
41. La vida consiste	135
42. Ni tengo hambre	137
43. Parece niebla	139
44. Si hiciera balance	145
45. Clava los ojos	147
46. Tengo que hacerle	149
47. Te esperaba	153
48. Estamos en París	157

*A mis queridos sobrinos y sobrinas,
con todo mi amor: Olivia, Mateo, Lola y Tomás.
Por un mundo libre y diverso.*

«No seria la novel·la del tercer mil·leni una
de les eines de recerca d'indicis d'identitat
més enllà del mapa del genoma?»

Biel Mesquida, *Excelsior o El temps escrit*

PRÓLOGO

El imperativo del deseo en la pregunta del cuerpo

A medida que se acercaba el cambio de milenio la amenaza de lo que se conoció como efecto 2000 se apoderó de la población mundial y llevó al retortero a la comunidad de profesionales de la informática. Se invirtió una suma desproporcionada de dinero en asegurarse que el paso de 1999 a 2000 no desembocara en la pérdida del control y el orden sobre los datos atesorados en instituciones, empresas y particulares, a quienes se instaba a comprar nuevos ordenadores o a instalar programas que funcionarían de antídoto frente al desastre que se avecinaba. Probablemente hubo más inversión de la estrictamente necesaria porque con el miedo siempre suele hacerse negocio. En cualquier caso, llegó el sábado 1 de enero del año 2000 y los efectos fueron mínimos: no estalló el caos y todo siguió más o menos igual en el recién inaugurado y flamante nuevo milenio. Fue en septiembre de ese mismo año cuando, sin que se hubiera desplegado ningún sistema paliativo, apareció la primera edición de *Melalcor* que, si bien no acuñó ningún sintagma, me

atrevería a afirmar que se trata de un texto que produce y reproduce unos *efectos* vigentes hasta el día de hoy —especialmente en el presente de escritura de este prólogo, añadiría—, puesto que con el transcurso de estos más de veinte años las impresiones que el texto logra producir han ido cobrando mayor envergadura y peso social, se han hecho más necesarias. Como un oráculo. O como si Company tuviera algo de Casandra.

Si hay un aspecto que caracteriza la obra literaria de esta escritora argentino-catalana-española en todo su conjunto es, sin duda, la experimentación. La autora no se rinde a ninguna fórmula de éxito, ni siquiera a las que ella misma ha generado. Cada nuevo texto suyo entraña un proyecto que nos lanza a lo imprevisible. Si no se está en disposición de ponerse en riesgo no es aconsejable elegir leer a Flavia Company. A cada nueva entrega, el público lector se enfrenta con un texto que le obliga a recolocarse ante su autora (a redescubrirla), a acudir a aspectos distintos de la tradición literaria (porque es en diálogo con la literatura que se escribe y Company es muy consciente de ello); así como atreverse a reflexionar críticamente sobre cuestiones que atraviesan nuestra existencia, sobre aspectos vitales de nuestro devenir en el mundo. La osadía que ella asume como escritora se imprime en el texto sin remisión y no se sale indemne de él.

Así pues, en ese año 2000, *Melalcór* no nació ajena a ese imperativo experimental aguzado, tal vez, por los vaticinios apocalípticos. De hecho, el relato pone en cuestión, sin tapujos, buena parte de los fundamentos y valores burgueses que propiciaron el desarrollo y el

mantenimiento del género novela, de ahí que sea un posicionamiento que necesita justificación crítica catalogar el texto como *novela*, porque ese mismo género literario está en deconstrucción *en y por* el texto. Además, y en relación con este cuestionamiento de los principios básicos liberales y capitalistas, *Melalcor* se encarga de poner muy claramente de manifiesto que la familia heterosexual monógama constituye la columna vertebradora de la institucionalización de un único *modus vivendi* que se impone a través de la represión constante de *otras* vidas que no cumplen con la *norma* y son por ello castigadas, violentadas, borradas; unas vidas que —para decirlo con Judith Butler— no se reconocen como humanas ni reales. Ese debate de valores se desarrolla formalmente en el texto a través de algo sumamente novedoso y original en la escritura literaria (lo era entonces y lo es todavía ahora): la confusión de los géneros sexuales. Esa indeterminación se convierte, a mi juicio, en el motor de transformación de *Melalcor*. Y lo sigue siendo.

En 2020, la escritora estadounidense Catherine Lacey nos regaló la magistral *Pew* (traducida al castellano dos años después con el título *Altar*, a cargo de Núria Molines Galarza para Penguin Random House), donde se desconoce el sexo-género-sexualidad de le protagonista y ese mismo hecho es el acicate para que acontezcan una serie de acciones que dicen más de quienes no consiguen *descifrar* su cuerpo que de él en sí. No menos magistral fue —y es— *Melalcor*. Bien es cierto que existían precedentes literarios que habían abierto camino en este sentido: podría aducirse *Solitario de amor* (1988), de

Cristina Peri Rossi, y *Written on the Body* (1992), de Jeannette Winterson, cuya obra *The passion* (1987) también dialoga con algunos pasajes de *Melalcor*, guiños literarios como el espacio del casino o el aspecto de carnicero de Mel, que ponen de manifiesto la condición de lectora irredenta —y excelente— de Company. Cabe añadir que tanto en el caso de *Solitario de amor* como en *Escrito en el cuerpo* —cuya traducción al castellano, a cargo de Encarna Castejón para Anagrama, apareció en 1998— esta confusión de sexo-género se mantiene durante algunas páginas de la novela, aunque en ambas se desambigua más adelante optando por el masculino y el femenino, respectivamente. En el caso del libro que nos ocupa, la polivalencia ni cesa en todo el texto, ni Company sigue la misma estrategia (ni de Peri Rossi, ni de Winterson, ni de Lacey), como inmediatamente señalaré. Antes quiero detenerme en el contraste que supone el hecho de que ese *ruido* formal se acompañe de la rescritura de la historia de amor más manida y logre convertirla en substancialmente otra cosa. En efecto, *Melalcor* es una versión *cuir* o *trans** o *de género fluido* o *lesbiana*, si asumimos con Monique Wittig que las lesbianas no somos mujeres —lo importante radica en las disyuntivas que abren cada una de estas *oes*—, de una relación amorosa con impedimento (la archiconocida trama de *Romeo y Julieta*) donde la sexualidad, los cuerpos y el deseo son puestos en un primer plano, al sufrir un extrañamiento a través del lenguaje, que los sume a un indeterminismo al simultanear las marcas de femenino y las de masculino. De este modo, Company deja de facilitar una

información que *se juzga* básica. Se *soporta* no saber el nombre de los personajes, pero *incomoda* desconocer si su cuerpo está sexuado en femenino o en masculino. La primera pregunta entonces para quien lee es por qué (le) sucede esto. ¿A qué responde ese malestar? ¿Cómo contribuye la sexualización de los personajes al proceso interpretativo de un texto? ¿Por qué necesitamos saberlo imperiosamente? ¿Cómo reaccionamos desde la lectura cuando no se nos facilita esta información?

Atribuimos género-sexo-sexualidad-cuerpo discursivamente. Así, en el proceso de leer este texto, de dotarlo de sentido, quien lee *construye en devenir* los cuerpos de los protagonistas, y no puede sino hacerlo de modo consciente y dubitativo, sin lograr poder estabilizarlos. El cuerpo se le escapa. La identidad —en caso de existir— se le multiplica paradójicamente y la interrogación *por el* y *del* deseo se impone. Le personaje de Mel, por ejemplo, conjuga por igual el femenino y el masculino, así como los dos nombres que dan título al libro Mel y Cor. En catalán, «Mel» significa «miel» y «Cor» se traduciría por «corazón». En otros fragmentos se juega con este doble sentido: «Tengo el sexo lleno de miel, tengo corazón en el sexo. Necesito follar. Sin pensar. En absoluto» o «A veces mi voluntad es de miel; espesa, pero blanda». La misma ambigüedad o porosidad sexual sucede también con el narradore. Enamorado de Mel, con quien huye a estudiar matemáticas a la Ciudad pero con quien nunca ha llegado a mantener una relación sexual, se obstina en acatar las prescripciones de la Ley y vive amordazando su deseo.

Los mandamientos sociales le imponen convertirse en otra persona, alguien que vive según lo prescrito, lo debido y lo conveniente. Para recoger los términos matemáticos que salpican el relato, podría decirse que su cuerpo es síntoma de su propia incógnita, la que le narradore protagonista trata de despejar como si de un ejercicio algebraico se tratara. Se mira a menudo en el espejo; no obstante, no es la imagen que aparece en su superficie lo que en definitiva importa, sino el poder de esta tecnología de cristal y azogue. La narración se abre así: «Se había pasado media vida intentando encontrar las respuestas correctas y, por fin, se daba cuenta de que lo importante era descubrir la pregunta. La interrogación era el deseo. La contestación la muerte. Como en un juego. Cara o cruz. *Cara significaba mirarte en el espejo. Cruz significaba cruz.*» El espejo es la pregunta y el descubrimiento de su importancia, y por consiguiente del deseo como imperativo de la vida.

Uno de los pocos datos físicos que nos transmite a propósito de le narradore es que le falta un trozo de dedo. Se lo pilló su progenitor con la puerta del coche, por accidente. Esta amputación es la inscripción corporal de un conjunto de mutilaciones que ha padecido dentro de la *institución caduca* —que es el modo como se refiere a la familia—, que le obliga a vivir según unas directrices y le castiga con severidad cuando se aleja de ellas. Una estricta lógica de la pureza sostiene, en el relato, los principios de la fábula fundadora de la Gran Culpa y constituye una parodia cromática del pecado original y la expulsión del (presunto) Paraíso. En la

novela, nos llega en boca de la autoridad patriarcal por excelencia, el sr. Savalt, el padre de le protagonista-narradore, quien no otorga importancia al hecho de que los rebeldes sean la mayoría. Los seres múltiples han existido siempre, pero es desde la prescripción legal que pasarán a ostentar la condición de proscritos, perseguidos, punibles, culpables.

De este modo, la ley preserva un divorcio entre categorías y prohíbe cualquier mezcla o contaminación entre los seres de uno u otro color. Lo mismo sucede con el binarismo de género-sexual y la inscripción en la heterosexualidad obligatoria. Cualquier mestizaje supone un lugar de resistencia, la desarticulación del binomio y su dinámica constituyente, basada en la oposición y en la complementariedad. La lógica de la pureza preserva el dominio y el control de unos sobre otros *naturalizando* unos atributos jerarquizados según el cumplimiento de un orden hegemónico. No ser ni uno ni lo otro, participar de ambas categorías y sin embargo no pertenecer a ninguna —o sí, pero en tránsito, en contingencia (no esencia)— constituye un desafío a los mecanismos legitimadores de la marginalización y el sometimiento de grupos sociales en torno a una categoría identitaria o, si se prefiere, a un *conjunto*: «El conjunto, en matemáticas, es una colección de elementos que cumplen una determinada condición característica. Después hay muchos matices, pero la mencionada definición me permite dividir el mundo en dos conjuntos principales: los otros y yo. Cantor, desde luego, no estaría de acuerdo con esta clasifica-

ción. Tampoco Mel lo estaba: Mel dividía el mundo como sigue: los otros y nosotros, teniendo presente que cuando Mel decía nosotros quería decir el grupo que integrábamos Mel y yo.» El descubrirse atravesado por la alteridad —no solamente por Mel, sino también por los otros que constituyen *su* comunidad— permitirá a le narradore romper definitivamente con esa lógica de pureza y perseguir su deseo hacia ese final feliz, junto a la persona que ama, pero en el exilio, lejos del pueblo dels Montons y sus dinámicas de violencia y represión.

Por todo lo que he ido apuntando (y podría seguir), me atrevo a afirmar que si bien del efecto 2000 ya —casi— nadie se acuerda, hay unos efectos *Melalcor* —y unos afectos— que siguen tremendamente vigentes en nuestro presente más radical (enraizado), más revolucionario y transformador. El imperativo del deseo en la osadía de la pregunta del cuerpo. Y esta esperada reaparición de *Melalcor* permite reconocerlo, de una vez, en lo que merece ser: un libro de culto que sacudió la literatura hispanófono precisamente desarticulando en desafío el código binario. Y no sólo el que rige el sistema informático. Bienvenide de nuevo *Melalcor*.

Meri Torras Francès
Investigadora y profesora de literatura
y literatura comparada en la UAB
Barcelona, julio 2023

*Cualquier parecido con la realidad
es maldita coincidencia.*

Se había pasado media vida intentando encontrar las respuestas correctas y, por fin, se daba cuenta de que lo importante era descubrir la pregunta. La interrogación era el deseo. La contestación era la muerte. Como en un juego. Cara o cruz. Cara significaba mirarte en el espejo. Cruz significaba cruz.

Aquel descubrimiento sin pies ni cabeza lo hacía un día aparentemente normal. Se había levantado, duchado, vestido, había desayunado y, justo en el momento de coger las llaves de la moto y oír cómo repicaban contra la superficie plástica del casco, quién sabe por qué, una frase le invadió la mente: el secreto está en la pregunta.

Desde luego, no era la primera vez que le asaltaba un pensamiento como aquél. En general, los atribuía a los sueños. Consideraba que los sueños eran una parte esencial de la vida, una parte irreductible, por tanto, de la realidad de la existencia.

Era aquélla una mañana cualquiera hasta que dejó de serlo, porque muy pronto se dio cuenta de que el

pensamiento no procedía del sueño de aquella noche, ni de ninguna otra noche, ni de estado alguno de adormecimiento, sino de una exótica lucidez producida por el sonido indescriptible del choque de las llaves contra el casco. La deducción fue inmediata: tiene que ser, por consiguiente, un recuerdo.

Pero ¿cuál? ¿Qué recuerdo puedo tener escondido en un pliegue invisible de la memoria?

Aquel sonido era el sonido que despertaba al ser aletargado que llevaba dentro.

Pero vayamos por partes.

Entonces, abrió la mano tanto como le fue posible y midió la propia vida como si se tratara de unos cuantos metros de tela. No encontró nada.

Una experiencia pasada ante la cual debo de presentar rechazo. Nunca sabemos quiénes somos.

Se lo confesó. Le salió de la garganta un ruido animal, como de ave de rapaña o de hiena. Se fue al lavabo a ver qué cara se le había puesto.

¡Ave María!

Aquellos ojos, aquella especie de pico en forma de labios endurecidos por el rigor de una trayectoria difícil, aquellas plumas en la cabeza que parecían pelos humanos...

Cogió el peine y se lo pasó un par de veces, sin apretar demasiado. Después, se cepilló los dientes.

Notaba que el aburrimiento le subía por las piernas y le llegaba al culo. Se sentó en la taza del váter para aplastarlo.

Había sonado la hora de salir de casa y de intentar comprender, por enésima vez, el funcionamiento del mundo y de la gente que pululaba por él.

Irá a ver a Cor, antes que nada. Entrará en el estanco y se la encontrará detrás del mostrador, delante de aquella cantidad inconcebible de paquetes de colores. Quieta y muda. Le hará una señal para que le dé dos de los de su marca y después le dedicará un ademán de despedida.

Nunca habla con ella. Que Cor se mantenga muda coarta su tendencia hablar desmesuradamente. Sonrisas, movimientos, como mucho suspiros del alma; silenciosos. El rumor de lo que va por dentro, con la sangre y con los flujos que hacen de un espíritu un organismo —el proceso inverso es más complicado—.

El golpe de las llaves contra el casco es tan sólo un accidente sin importancia, del que puedo olvidarme en cuanto salga de casa y cierre la puerta y, tras la puerta, algunos quebraderos de cabeza que duelen tanto como los callos de los pies. O más.

Baja por las escaleras. Piensa que los ascensores no le gustan. Ve que del buzón sobresale un papel. Lo coge sin necesidad de abrir la puertecita. Lee: «Cuando nos afecta la soledad, la angustia, la depresión o cualquier conflicto todos necesitamos...» Tiene que desplegar el folleto. Continúa en voz alta: «Una voz amiga.» ¡Hay que joderse! «Teléfono de la esperanza.» La mirada pasa rápidamente por encima del escrito, largo y verde. Al final ve que pone: «Este impreso ha sido editado con la colaboración de Telefónica.» ¡Qué cabrones!, dice. ¡Pero qué cabrones!, repite. Recuerda uno de los peores días de su vida. Con desesperación total y absoluta, desorientación de la misma clase y ningún lugar adonde ir para preguntar no sabía qué, extrajo el microscópico

móvil del bolsillo más pequeño de su indumentaria, marcó el larguísimo número de la Esperanza y... no le dieron ni una sola maldita respuesta, aunque las preguntas eran de lo más fácil: «Por mi esperanza de los próximos tres días, dígame nombres de batallas que empiecen por la letra W, como por ejemplo Waterloo, un dos tres responda otra vez; Waterloo.» ¡Y hala! Ya se ha acabado la ayuda. Móvil y esperanza a la basura, todo junto. ¡Qué cabrones! Vuelve a plegar el folleto y lo mete en el buzón contiguo al suyo. Ve la otra cara del papel, donde dice lo mismo en otro idioma. ¡Pero qué cabronazos! ¿Tú te crees?

A veces piensa que es una máquina. Sobre todo, en momentos como aquél, en que va por la calle sin que nadie le dirija una sola palabra, una sola mirada.

Piensa que es una máquina; defectuosa.

Tiene la convicción de que hay un par de piezas que o bien le faltan o bien no le funcionan como es debido. Sostiene la teoría de que, por eso, la vida le resulta más sencilla y aburrida.

La constatación de esta carencia se produce de una manera bastante significativa: por ejemplo nunca, aunque lo intenta, acaba los crucigramas; los programas de los ordenadores se le resisten y hacen lo que les da la gana; es incapaz de tararear ni una sola canción; se le cae la ceniza del cigarrillo antes de llegar al cenicero —todavía peor: fuma—; le gusta mucho el sexo, pero no cree en el amor. Ni en Dios, que viene a ser lo mismo, a pesar de que Dios le parece un personaje interesante y polémico. Antiguo.

Conoce a otras personas de las cuales piensa que también son máquinas. Por ejemplo, Mel. Un dos tres responda otra vez. Mel.

Es un canalla. Su única gracia es que sabe contar chistes. ¡Y qué buenos! Lo cierto es que con Mel se moría de risa.

Pero no por saber contar chistes se va a ganar el cielo. Ni mucho menos.

Mel pertenecía a las matemáticas, pero tenía aspecto de carnicero. ¿Y qué aspecto tienen los carniceros? De matemáticos equivocados. Mel habría sido más feliz degollando conejos que resolviendo abstracciones.

Pero no. Teníamos que pasar por la universidad, teníamos que demostrar la brillantez indiscutible de nuestro intelecto siempre en flor.

Encontraré a Mel más tarde —dice en voz baja—, en el casino. Y jugaremos nuestra partida de cartas, y la muy granuja ganará porque hace trampas, y yo la perdonaré porque es hermano mío, no de sangre pero sí de hígado, porque lo que hemos bebido juntas no cabe ni en la bodega de la reina borracha.

Pasará un momento por lo de Lola. Tiene que encargarle un par de libros que hace tiempo piensa que quiere leer. Aunque últimamente leer no le sienta demasiado bien. Las palabras se le quedan pegadas en las orejas. Antes era capaz de mantenerlas calientes en las manos; cuando se cansaba de ellas, las metía en los bolsillos, manos y palabra todo mezclado. Pero ahora...

Desde la calle oyó a Frank Sinatra, que cantaba la de New York, New York... Era la banda sonora de la papelería. La Lola no sabía ni jota de inglés, pero la cantaba sin equivocarse de principio a fin. El sueño imposible de la Lola había sido hacerse artista y triunfar en Nueva York. No conocía a nadie como la Lola. La tía Conca siempre se lo decía: como la Lola, nadie, no lo olvides. Y no se le olvidaba. Al fin y al cabo era un recuerdo de los fáciles.

La Lola estaba detrás del mostrador. Preparaba unos paquetes con lazos para una chica que se casaba el sábado. Era una sorpresa.

—Estoy preocupada—, le dijo mientras seguía haciendo lazos. —La situación se complica cada vez más.

Hace un momento ha pasado don Tomás, el Regidor. Dice que tu padre y sus secuaces están urdiendo un plan para echarlas.

—¡Bah! Es lo de siempre, no pasarán de ahí. Ya lo verás. —Iba moviendo el pie al ritmo de Frank.

—Ayer por la noche se reunieron en la casa del bosque de hayas y después organizaron una sesión de las suyas cerca de los pantanos. Mi marido estaba allí para ver qué hacían. Dice que tiraron un muñeco hecho de prendas de ropa que habían dejado la semana pasada en la tintorería. Ermengol llegó a casa con cara de haber bebido agua podrida. Me cuesta entenderlo, qué quieres que te diga. Somos unos seis mil millones de personas, en el mundo. Y tenemos un crecimiento del uno y medio por ciento cada año. ¿Cómo pretenden estos cretinos que seamos todos iguales?

—O sea —contó a toda prisa— que si seguimos así, dentro de cincuenta años seremos el doble de los que somos ahora.

—El problema es que de esos millones ni siquiera un veinte por ciento vivirá bien de verdad. Y los que vivan bien serán un porcentaje cada vez más bajo.

—¿Qué quieres decir con eso de vivir bien de verdad?

Pero la Lola ya se había adentrado en el mundo del dolor que sólo deja espacio para la música y los paquetes con lazos para casamientos de sábado. Y cantaba la de New York con una soltura impresionante. Antes de que se fuera de la tienda, la Lola levantó la cabeza, dejó de cantar y le dijo:

—Reza.

—No sé rezar.

—Todo el mundo sabe. Ermengol y yo rezamos casi todas las noches.

—¿Y a quién os dirigís? ¿A Dios?

—No. En Dios no sabemos ni pensar. Nos dirigimos cada uno a sí mismo. Nos pedimos fuerzas para seguir adelante.

—Eso no es rezar, Lola.

—¿Y tú cómo lo llamarías?

Quería encontrar una respuesta. Nunca las preguntas de la Lola tenían una única solución. Nunca se le podía decir sí o no.

—No te engañes —añadió la Lola, después de un considerable silencio—. ¿Sabes qué? Todo depende de las intenciones. Y si yo por las noches, antes de dormir, hablo en voz baja pensando que rezo, es que rezo.

—Pero en la iglesia que no te busquen, ¿verdad?

—Ni de verdad ni de mentira. Ya sabes que el señor cura y yo estamos a matar —hizo chascar la lengua—. La iglesia está llena de gente sin fe.

—Y la calle también. Además, ¿para qué queremos la fe?

—La fe mueve montañas.

—Y ablanda cerebros.

—No. Lo que ablanda cerebros son los dogmas. Y hablando de dogmas... ¿Sabes la última del señor rector?

Se encoge de hombros y la Lola prosigue:

—Lo han nombrado censor de la revista *Montons* y no ha dejado pasar un escrito mío.

—¡No me jorobes! Eso lo ha hecho porque no comulgas.

—Pues tal y como te lo digo. Vamos de mal en peor y si me escuchas, rezarás.

—¿Y de qué iba?

—¿De qué iba qué?

—Tu texto, mujer.

—¡Ah! Nada. Defendía un poco a la Gran Puta y a la Pobre Chacha de la Gran Puta. ¿Qué te parece?

—Que has hecho lo que debías.

—Todavía no hemos terminado.

—¡Ya me lo imagino!

—¡Anda, vete, que vas a llegar tarde! —dice la Lola y se pone a cantar otra vez.

Editorial Comba

1. Tomás Browne
Las semillas de Urano
2. S. Serrano Poncela
La raya oscura
3. Enrique Lynch
Nubarrones
4. Juan Bautista Durán
Convivir con el genio
5. Andrea Jeftanovic
No aceptes caramelos de extraños
6. Rosa Chacel, Ana María Moix
De mar a mar
7. Matías Correa
Geografía de lo inútil
8. Rosa Chacel
La sinrazón
9. Ernesto Escobar Ulloa
Salvo el poder
10. Alfonso Reyes
Memorias de cocina y bodega
11. Esmeralda Berbel
Detrás y delante de los puentes
12. Ignacio Viladevall
Luz de las mariposas
13. Tatiana Goransky
Los impecables
14. Andrea Jeftanovic
Destinos errantes

15. Federico Valenciano
Frontera con la nada
16. Constanza Ternicier
La trayectoria de los aviones en el aire
17. Rodrigo Díaz Cortez
Metales rojos
18. Rosa Chacel
Memorias de Leticia Valle
19. Jordi Dalmau y Lidia Górriz
Un nido de agujas en el colchón
20. Tomás Browne
Silbar los viajes
21. Tatiana Goransky
Fade out
22. Karla Suárez
El hijo del héroe
23. Daniel Mella
El hermano mayor
24. Daniel Mella
Lava
25. Miki Naranja
Palabras de perdiz
26. Esmeralda Berbel
Irse
27. Jimena Néspolo
Las cuatro patas del amor
28. Juan Villa
Voces de La Vera
29. Silvia Eugenia Castellero
Eloísa

30. Karla Suárez
Habana año cero
31. Jordi Dalmau y Lidia Górriz
El lanzador de libros
32. Osías Stutman
Mis vidas galantes
33. Rosario Izquierdo
El hijo zurdo
34. Daniel Mella
Trilogía del dolor
35. Miguel de Unamuno y Joan Maragall
Epistolario
36. Juan Bautista Durán
Tantas cosas dicen
37. Rosa Chacel
La confesión
38. Rosario Izquierdo
Lejana y rosa
39. Flavia Company
Dame placer
40. Esmeralda Berbel
Habitarlo todo seguido de Calma corazón, calma
41. Miguel Ángel González
Un nublao de tiniebla y pedernal
42. Flavia Company
La dimensión del deseo por metros cuadrados
43. Juan Villa, Constanza Ternicier, Karla Suárez,
Ana Santamaría, Andrea Mayo, Miguel Ángel
González, Ernesto Escobar Ulloa y Juan Bautista
Durán

De la solastalgia
ocho relatos naturales

44. Andrea Mayo

La planta carnívora

45. Ricardo Martínez Llorca

El viento y la semilla

46. Valentina Marchant

El reverso del agua

47. Juan Manuel Zurita Soto

Arauco

48. Osías Stutman

El mar de Bohemia. Poesías completas 2003–2022

49. Ana Santamaría

Libres

50. Andrea Jeftanovic

Geografía de la lengua

51. Juan Villa

Mal tiempo

52. Flavia Company

Melalcor

«Si hay un aspecto que caracteriza la obra literaria de Flavia Company es la experimentación. Cada nuevo texto suyo entraña un proyecto que nos lanza a lo imprevisible. *Melalcor* produce y reproduce unos *efectos* vigentes hasta el día de hoy, puesto que en el transcurso de esos más de veinte años desde su primera edición las impresiones que el texto logra producir han ido cobrando mayor envergadura y peso social, se han hecho más necesarias. Como un oráculo. O como si Company tuviera algo de Casandra —destaca en el prólogo la filóloga e investigadora Meri Torras—. El debate de valores se desarrolla formalmente en el texto a través de algo sumamente novedoso y original en la escritura literaria: la confusión de los géneros sexuales. Quien lee *construye en devenir* los cuerpos de les protagonistas. Una estricta lógica de la pureza sostiene, en el relato, los principios de la fábula y constituye una parodia cromática del pecado original y la expulsión del Paraíso. *Melalcor* es un libro de culto que sacudió la literatura hispanófono precisamente desarticulando en desafío el código binario.»



Nueve años saltando a las letras hispánicas
2014 - 2023